

Teoría y crítica del conocimiento en los estudios literarios *

Teoria e crítica do conhecimento nos estudos literários

*Rejane Pivetta de Oliveira ***

Resumen

En los estudios literarios, no es raro que la teoría haya sido tomada como sinónimo de aplicación mecánica de conceptos a la interpretación de las obras, lo que la destituye de la dimensión de crítica del conocimiento, disolviendo su poder de resistencia a los paradigmas epistemológicos dominantes. En este artículo, con apoyo sobre todo en ideas de Paul De Man, Pierre Bourdieu y Boaventura de Souza Santos, tratamos sobre el papel de la teoría en el establecimiento de concepciones acerca de la literatura y de los modos de investigarla.

Palabras clave

Teoría; literatura; paradigmas epistemológicos; resistencia.

Resumo

Nos estudos literários, não raro a teoria tem sido tomada como sinônimo de aplicação mecânica de conceitos à interpretação das obras, o que a destitui da dimensão de crítica do conhecimento, dissolvendo seu poder de resistência aos paradigmas epistemológicos dominantes. Neste artigo, com apoio sobretudo em ideias de Paul De Man, Pierre Bourdieu e Boaventura de Souza Santos, tratamos sobre o papel da teoria no estabelecimento de concepções acerca da literatura e dos modos de investigá-la.

Palavras-chave

Teoria; literatura; paradigmas epistemológicos; resistência.

* Artigo convidado.

** Doctora en Teoría de la literatura, profesora y coordinadora del Programa de post graduación en Letras UniRitter, Porto Alegre.

[...]a pesar de todas sus publicaciones y de su reputación académica creciente, para Delphine era siempre difícil lidiar con la literatura por medio de la teoría literaria (ROTH, 2002, p. 339)

DELPHINE, PERSONAJE DE LA NOVELA “LA MARCA HUMANA”, de Philip Roth, es una profesora universitaria de literatura, reconocida por el dominio de modernas teorías francesas. La teoría funciona, para Delphine, como un artificio para su ascensión académico: cuanto más se mantiene actualizada con los discursos teóricos, hábilmente transformados en aparato para el análisis de autores canónicos –aquellos que ella se ve obligada a admirar–, más se consolida su prestigio. Sin embargo, no es esta la verdadera aproximación que Delphine desea de la literatura, ella simplemente cede al juego de la academia, asume las reglas que, sabe, le confieren distinción. El precio del lenguaje del suceso es la sensación de sentirse “cada vez menos auténtica”, como nos revela el narrador, a propósito de la admiración de Delphine por Milan Kundera:

Hay momentos en los que ella siente hasta estar traicionando a Milan Kundera, y así, en silencio, cuando está sola, mentaliza la figura de Kundera y se dirige a ella, pidiéndole perdón. En sus conferencias, Kundera pretendía liberar la inteligencia de la sofisticación francesa, hablar de la novela como algo que tiene que ver con seres humanos y con la *comedia humana*; su intención era liberar a sus alumnos de las trampas tentadoras del estructuralismo y del formalismo y de la obsesión con la modernidad, purgarlos de las teorías francesas que les habían infundido; oírlo había sido para ella un gran alivio, porque, a pesar de todas sus publicaciones y su reputación académica creciente, para Delphine era siempre difícil lidiar con la literatura por medio de la teoría literaria. (ROTH, Philip, 2002, p. 339).

El comportamiento de Delphine describe un caso típico de introspección del *habitus*, término con el cual Pierre Bourdieu (de nuevo, la teoría francesa...) designa el conjunto de disposiciones interiorizadas que estructuran prácticas y representaciones, constituyéndose en *matriz de percepciones, apreciaciones y de acciones* (1994, p. 65). No se trata, sin embargo, de la condenación pura y simple de la teoría, sino de la necesidad de la reevaluación de su papel en la producción del conocimiento, superando el carácter de discurso codificado, hermético y desvinculado de la práctica, lo que vacía su potencial de “resistencia” (DE MAN, 1989) a la ordenación del método.

La noción de que la teoría no pasa de un conjunto de principios y leyes abstraídos de los objetos refuerza la clásica dicotomía entre teoría y práctica, en el fondo insustentable, pues el propio carácter de objetividad, típico de la ciencia moderna, busca en los fenómenos la sustentación de los conceptos, los que sirven de llave de acceso a la realidad que describen. De acuerdo con lo que subraya Wlad Godzich, en el prefacio del libro *La resistencia a la teoría*, de Paul De Man, en la acepción griega de la palabra (*theorein*, que significa contemplar, observar), la teoría es una especie de atestado de los hechos, hecha por testigos autorizados (los *theoros*), responsables por el relato de aquello que sucedió, cuyos argumentos son susceptibles de debate público y averiguación. Así, “la idea original de la *theoria* contiene una dimensión social de la certificación de los acontecimientos, encubierto en el concepto corriente de teoría” (GODZICH, 1989, p. 13).

Sin embargo, la teoría no es capaz de dar cuenta de la complejidad de lo que existe, así como no es aceptable considerar la existencia de las cosas apenas en la medida en que son concebidas teóricamente. ¿Para qué sirve, entonces, la teoría? Como mínimo, para instigarnos a mirar hacia los fenómenos como problemas dignos de reflexión y cuestionamiento y, en un paso más largo, introduce la crítica sobre el lenguaje como forma de aprehensión de la realidad. El límite de la teoría está en la pretensión de ejercer dominio sobre el objeto, dejando de ser un lugar del pensamiento para transformarse en la aplicación de conceptos, que en general conforman la realidad a los términos establecidos *a priori*.

En el ámbito de las ciencias humanas, donde se sitúan los estudios literarios, la noción de teoría no se da en función de una objetividad empírica, pues no hay propiamente una explicación a ser confirmada con base en la existencia de fenómenos concretos de la realidad (aunque la investigación empírica no esté afuera del horizonte de la literatura¹). Wolfgang Iser establece una diferencia entre la “teoría *hard-core*”, que hace predicciones y descubre leyes que gobiernan a los fenómenos, y la “teoría *soft*”, que combina diferentes presupuestos, con la intención de mapear determinado dominio de conocimiento (2006, p. 5). En el caso de los estudios literarios, la teoría asume un carácter de interpretación, que busca darle un sentido al objeto, a partir de un

¹ Cabe aquí la referencia a la ciencia de la literatura de orientación empírica, cuyo proyecto fue esbozado por Siegfried J. Schmidt. En esa perspectiva, al conocimiento de la obra se accede a partir de datos empíricos, sean las acciones sociales o individuales, que participan del proceso literario. Para mayores informaciones consultar: OLINTO, Heidrun Krieger, 1989.

grupo lógico y coherente de argumentos. Son pocos los trabajos, en el campo de la investigación literaria, que ofrecen explicaciones sobre la ocurrencia de determinados fenómenos, con base en la descripción de datos concretos de la realidad, vistos no como elementos complementarios, sino constitutivos del objeto literario.

La teoría es en general apropiada por los estudios literarios como herramienta para la interpretación de las obras. En un levantamiento realizado a través de la lectura de resúmenes de tesis defendidas en programas de post graduación de universidades brasileñas, observamos el gran número de trabajos que se valen de la aplicación directa de aportes conceptuales para la lectura de las obras, tomadas así como ejemplos de determinados conceptos, advenidos de variados campos del saber, tales como la filosofía, el psicoanálisis, la sociología, entre otros (OLIVEIRA, 2009)². En general, tales análisis, de cuño hermenéutico, se mantienen en los estrictos límites del texto, en sus mecanismos internos de funcionamiento, articulados a un determinado cuadro teórico.

Son muchas las posibilidades de estudio de la literatura, no cabiendo refrendar o descartar esta o aquella opción. Importa pensar la relación entre los modos como el conocimiento literario se instituye en la universidad y la existencia de un paradigma dominante que refuerza una concepción de teoría que podemos llamar *instrumental*. Por otro lado, cabe señalar que ese *modus operandi* de la teoría no es ajeno a consecuencias sobre las prácticas de enseñanza de la literatura. El destaque dado a la teoría como mera aplicación de conceptos a la lectura de obras revela una cierta concepción epistemológica, que tal vez podamos vincular al paradigma fijado por Aristóteles, en su *Poética*, en el siglo IV A.C.

El pensamiento sobre la literatura atraviesa siglos fuertemente marcados por las concepciones iniciales que definieron la literatura de la forma como, aún hoy, *grosso modo*, la conocemos: composición de lenguaje basada en el principio de mimesis, según el criterio de verosimilitud, resultando en la producción de ciertos efectos, propios de cada género (ARISTÓTELES, 1993). La teoría aristotélica, al delinear el campo de las

² La investigación consistió en el análisis de 305 resúmenes, a partir de los cuales fueron identificadas las principales orientaciones seguidas por la investigación literaria. De manera maciza (el 43,6 %), aparecieron como dominantes la categoría de estudios teóricos aplicados a la interpretación de obras, tales como producción de lenguaje aislada de cualquier dato exterior al propio texto, y la categoría del análisis socio-histórico (un 44,6%) que analiza la obra en términos de representación de elementos de la realidad, como dato complementario a la interpretación. Otras categorías de estudios son los análisis de problematización teórica, las empíricas y las sistémicas. Mayores informaciones sobre la investigación puede ser consultadas en: <http://seer.uniritter.edu.br/index.php/nonada/article/viewFile/149/77>

investigaciones literarias, proponiendo conceptos y categorías de análisis y evaluación de las obras, modeló, también, la forma de los estudios que siguieron.

De ese modo podemos identificar, de la herencia aristotélica, dos (02) vertientes de estudios que todavía hoy persisten con gran vigor. En primer lugar, los análisis sociológicos e históricos, apoyados en la concepción de *mimesis*, que se ocupan de relacionar la obra con el contexto social, bajo los más diversos presupuestos, pero siempre teniendo en vista las posibilidades e impases de la representación. Un dato ni siempre recordado en la formulación aristotélica acerca del criterio de verosimilitud es que la existencia de la obra está vinculada a los modelos, normas y valores vigentes en el orden social, en conformidad con los que ella asegura su lugar en el canon. Eso no quiere decir, sin embargo, que las obras efectivamente se ajusten a los padrones dominantes, sino que ellas son legitimadas (por las instancias competentes) a partir de ciertas “reglas del arte” (BOURDIEU, 1996), que las mantienen en la centralidad del canon.

En segundo lugar, se encuentran los análisis de fondo formal (la *mimesis*, por lo tanto, *poiesis*), dedicadas a los mecanismos internos de estructuración del texto, por medio de los cuales él explicita sus sentidos. Tales estudios están preocupados con los componentes de la obra, las modalidades textuales y la descripción de cómo los significados son producidos. Las variaciones, desdoblamientos y matices que ciertamente existen en la base de esas dos vertientes no cambian la orientación básica de los estudios literarios, que ora tienden a acentuar la vertiente sociológica, ora la vertiente de análisis estructural o semiótica.

Así, estudiar literatura fue, por mucho tiempo, prestar tributo a las formas de representación operadas por el texto, a partir de sus mecanismos de estructuración. No parece que eso signifique simplemente el reconocimiento (de resto innegable) de la perspicacia aristotélica al describir los elementos característicos de la literatura, por la razón que no hay en los fenómenos –sobre todo culturales y estéticos- ninguna naturaleza intrínseca, a no ser aquella determinada por la mirada de quien los observa; por su parte, también afectado por las condiciones objetivas en que opera.

Que una determinada vertiente de estudios haya sido dominante y hasta hoy se mantenga como *habitus* en la academia no significa que estemos frente a una naturaleza de la literatura, sino tan solamente la existencia de una tradición de pensamiento, de una cierta epistemología, que privilegia determinados aspectos en detrimento de otros. En

los manuales y libros didácticos, la literatura es tradicionalmente estudiada como representación de imaginarios históricos y nacionales, según abordajes que consideran a la obra como objeto aislado de las relaciones de producción, circulación y consumo, concentrándose en los procesos de lenguaje, tomados en forma autónoma. He ahí un problema digno de la teoría como crítica al conocimiento instituido, remitiéndonos a lo que afirma Paul De Man:

La verdadera disputa de la teoría literaria no es con sus oponentes polémicos sino con sus propias suposiciones y posibilidades metodológicas. Debemos interrogarnos sobre la razón por la que la teoría literaria tiene tanta dificultad en tratar lo que le corresponde (1989, p. 33).

En la opinión del autor, la hostilidad a la teoría está sustentada por un discurso que la ve como un obstáculo para la enseñanza y para la fruición estética, lo que profundiza su descrédito y, como consecuencia, la resistencia que le es impuesta. Pero ¿qué, finalmente, para De Man, debería ser enseñado por la teoría literaria y qué provoca tantas reacciones contrarias? La respuesta es dada en los siguientes términos:

La resistencia a la teoría del lenguaje sobre el lenguaje; por lo tanto, una resistencia al propio lenguaje y, en último análisis, resistencia a la lectura (1989, p. 33).

La teoría sería, desde este punto de vista, una especie de lectura no reducida al metalenguaje o a la institucionalización de conceptos. La teoría implica una concepción de lenguaje que le impide ser modelo (DE MAN, 1989, p. 41), colocando en jaque las verdades producidas por el discurso. Esa dimensión meta teórica promueve, antes que nada, la auto reflexión del conocimiento –lo que no es lo mismo que conocimiento crítico, sino que una crítica del propio conocimiento (SANTOS, 1989). Así, no es la negación o la afirmación de puntos de vista teóricos lo que importa –o la crítica de las “teorías”, que proliferan infinitamente- sino la dimensión epistemológica inherente al pensamiento teórico. Como bien señala Iser, es necesario establecer una diferencia entre teoría y discurso. El discurso es determinante, desde que delinea fronteras, mientras que la teoría busca superarlas y explorar nuevos territorios (2006, p. 12). Aunque haya similitud entre ambos, la diferencia reside en las intenciones y resultados de uno y de otra. El discurso establece padrones para el mundo, organiza y estructura significados, que pueden ser verdaderos o falsos. La teoría, por su parte, no determina o condiciona sentidos, sino que trata de derrumbar fronteras, de explorar nuevas

posibilidades de significado, sirviendo así como herramienta para la imaginación humana (ISER, 2006).

En esa medida, la teoría comporta una tensión permanente entre métodos de comprensión y el conocimiento que ellos permiten alcanzar (DE MAN, 1989). La teoría de la literatura, en la medida que se conforma a la aplicación de un modelo a la lectura de las obras, en los términos del personaje Delphine de la novela de Philip Roth, transforma la literatura en objeto al servicio de los discursos de legitimación. Oponiéndose a eso, afirma De Man: “La teoría de la literatura surge cuando (...) el objeto de discusión pasa a ser las modalidades de producción y de recepción de sentido y de valor anteriores a su establecimiento” (1989, p. 27). Es en el carácter retórico³ de la teoría que el autor apuesta, pues justamente el que “trastorna ideologías enraizadas, revelando la mecánica de su funcionamiento, trastorna el canon y atenúa las fronteras entre lo literario y lo no-literario” (DE MAN, p. 32). La función de la teoría, como resistencia, es la de reaccionar ante las fuerzas que tienden a reducir el alcance cognitivo de los objetos, evitando transformarlos en cuerpos inertes, mudos y manipulables.

Entonces, tal emprendimiento no se da fuera de la vinculación de la teoría a la acción, lo que, en el caso de los estudios literarios, ciertamente compromete los paradigmas establecidos bajo premisas abstractas y definidas *a priori*, que, normalmente, asumen los textos como productos terminados, unidades orgánicas que encierran en sí mismas las posibilidades de interpretación. Las concepciones de conocimiento literario sufren de un cierto consenso, que legitima paradigmas de interpretación basados en el ejercicio hermenéutico realizado por especialistas, con el apoyo de esta o de aquella teoría. Pero más allá del arreglo de significados más o menos develados por un aparato teórico, la literatura se inscribe en el campo de la experiencia, formada a partir de las interacciones con las condiciones y prácticas de la vida social y cultural.

La teoría aseguró su poder de conocimiento cuanto más se esfuerza por abandonar el metalenguaje, que conforma el objeto a la abstracción de los conceptos. Sin atención a las prácticas y a las condiciones de existencia de los objetos que examina, ninguna teoría resiste ni tampoco se ofrece como *resistencia*, para que usemos

³ En los términos de Paul De Man, la retórica es entendida en los términos de la vigilancia del propio lenguaje sobre los mecanismos de producción de los sentidos.

la expresión de Paul De Man. Eso significa que tal vez la teoría literaria debiese concebir su objeto, las obras, no apenas como productos finales, depósito de valores del espíritu, sino como producciones resultantes de acciones humanas concretas inseridas en un sistema cultural (EVEN-ZOHAR, 1999). Una teoría de la literatura de base empírica –en el sentido de vincular las obras a las acciones- podría asegurar su poder de resistencia a la abstracción de los discursos. De esa forma, tal vez pudiésemos creer en una mayor inserción de la literatura en las dinámicas sociales que al final le confieren diferentes valores y significados. Investigar la literatura en la interacción con el sistema cultural del cual participan otros fenómenos semióticos (desde las producciones artísticas, como también la publicidad, el periodismo, etc.), implica, más que la lectura de sentidos intrínsecos y aislados de los textos, a los cuales son aplicadas “teorías”, la comprensión del funcionamiento de esos sentidos, en diferentes contextos y para diferentes lectores. Las reglas de la teoría, en este caso, estarían en abierto; su sistema debería constantemente ser reconfigurado para estar abierto a nuevas posibilidades de entendimiento.

Ningún abordaje teórico de la literatura podría desvincularla de las condiciones particulares en medio a las cuales ella se desarrolla y asume diferentes funciones –lo que, en el límite, nos conduce a un paradigma antropológico de teoría. De este modo, ya no podríamos hablar de literatura como una entidad homogénea, encuadrada en parámetros pre definidos, pues el término literatura implicaría necesariamente cuestionamientos del tipo: ¿qué literatura?, ¿para quién?, ¿con qué finalidad?, ¿en qué condiciones?, ¿cuáles serían las mediaciones? Considerar la literatura como actividad humana resultante de procesos de producción (EVEN-ZOHAR, 1990) cambia sustancialmente las formas de estudiarla y, con eso, la propia concepción de literatura, aún hoy entendida como un bien espiritual, portadora de contenidos morales edificantes.

Colocar la teoría al servicio de la cristalización de normas y valores resulta en la pérdida de su poder de resistencia, transformándola apenas en “discurso”. Sabemos, por ejemplo, del gran número de trabajos académicos en el área de los estudios literarios que se valen de los aportes traídos por las teorías feministas, culturales y post coloniales. Sin embargo, asumidas como conceptos “aplicados” a la interpretación de las obras en sí, tales “teorías”, a pesar de su tenor crítico, ninguna fuerza es capaz de oponerse al “inconsciente epistemológico” (BOURDIEU, 1996), en la medida que su simple aplicación es ciega a la reflexión sobre los paradigmas que producen y legitiman

el conocimiento literario. O sea, el vasto repertorio de las teorías críticas no consiguió superar, en sus sucesivas apropiaciones en el campo académico, el dominio de una teorización autosuficiente, que no explicita el modo como la literatura se transforma en objeto de comprensión para determinados sujetos en ciertas condiciones sociales y culturales.

Así, reflexionar sobre el conocimiento producido en áreas y disciplinas académicas coloca en pauta la necesidad de un saber que sea capaz de llevar sus agentes –profesores y estudiantes- a comprender críticamente su participación en el juego de producción y reproducción de prácticas y valores hegemónicos. Tal epistemología, que entiende el objeto, así como la acción de conocerlo, en el campo de una práctica social, y no de un quehacer científico aislado, determina un constante revisar los procedimientos que interfieren en el proceso de conocimiento, en fase de las situaciones concretas en que él se produce. En la línea de la crítica de Boaventura de Souza Santos al paradigma dominante de la ciencia moderna, se trata de cuestionar los esquemas que ratifican el carácter puramente formal del conocimiento. Como alternativa a ese modelo, el autor propone una epistemología pragmática, que alíe reflexión teórica a la acción: “el centro de la gravedad de la reflexión epistemológica se mueve del conocimiento hecho hacia el conocer como práctica social” (1989, p. 49). Tal paradigma, según el sociólogo, es más compatible con la realidad multicultural contemporánea y con la pauta ética de transformación de la realidad, rompiendo con el silencio impuesto por los padrones hegemónicos. Así, Boaventura argumenta que:

Los silencios, las necesidades y las aspiraciones impronunciadas solo son captables por una *sociología de las ausencias* que proceda por la comparación entre los discursos disponibles, hegemónicos y contra hegemónicos, y por el análisis de las jerarquías entre ellos y de los vacíos que tales jerarquías producen. El silencio es, pues, una construcción que se afirma como síntoma de un bloqueo, de una potencialidad que no puede ser desarrollada. (2002, p. 30).

La concepción de ciencia del autor lleva en cuenta las relaciones entre paradigmas epistemológicos, estructuras sociales y procesos culturales. La teoría de la literatura, en estos términos, asumiría prioritariamente la función de proponer nuevas formas de vincular el conocimiento de las obras a la diversidad y a la complejidad de las prácticas sociales, transponiendo barreras epistemológicas que distancian la literatura de la acción sobre el mundo. Así, la teoría literaria orientada para la diferencia y la alteridad –pautas tan presentes en los estudios literarios contemporáneos- dejaría de ser

apenas especulación conceptual para transformarse, ella misma, en una posibilidad de acción política. De esta forma, la teoría de la literatura daría atención a las actividades, funciones y sentidos desencadenados por las obras, llevando en consideración su interacción con personas, grupos, sociedades y culturales. El papel de la teoría sería, entonces, el de buscar una justificación ética y política para la literatura, teniendo en vista la peculiaridad y la diversidad de las prácticas que la hacen comunicable.

Ese emprendimiento involucra la re descripción de la teoría, en busca de un nuevo vocabulario y de nuevas imágenes —enfaticando, en fin, su cualidad retórica, en los términos de De Man— de donde podrían emerger realidades ausentes, aquellas sistemáticamente ocultadas por el desempeño de los discursos. Es de eso que trata la novela de Phillip Roth, que explicita la trama discursiva presente en las relaciones humanas, atadas a estructuras institucionales y a convencionalismos sociales. Sin embargo, leer esta obra desde el punto de vista teórico, o antes, meta-teórico, no comporta métodos desconstruccionistas, tampoco será productiva su vinculación al arsenal de las teorías sobre la identidad (puesto que la historia del protagonista, Coleman Silk, se organiza entorno del secreto de su origen negro). Al desmontar los discursos, revelando los intereses que ellos sostienen y las condiciones objetivas a las que ellos concretamente responden, coloca no solo bajo sospecha las teorías pretensamente explicativas, sino la propia idea de literatura como discurso revelador de verdades, de acuerdo con las interpretaciones que puedan ser realizadas bajo las más diversas vertientes teóricas.

Desde el punto de vista de una crítica epistemológica, se trata de depurar la teoría de los discursos, llamando la atención para la auto-reflexividad del conocimiento, evitando con eso la reducción de la teoría al palabrerío con apariencia de explicación. La novela *La marca humana*, de Phillip Roth, se construye como una crítica a esa estructuración de la vida codificada por los discursos, respondiendo ficcionalmente a la epistemología moderna, cuya herencia cartesiana excluye al lenguaje del proceso del conocimiento. En un mundo en el que las historias divulgadas en la red, las noticias oídas en la televisión y las recetas de vida saludable y de felicidad vendidas en los quioscos de revistas rápidamente se transforman en verdad, la productividad de la teoría ciertamente no está en el privilegio a las polémicas discursivas que comúnmente alimentan disputas de intereses. Si quisiera cumplir el papel de resistencia, la teoría debería evitar a todo costo su transformación en discurso. En ese sentido es que

podemos leer la escena final de la novela como una metáfora de un nuevo escenario para la teoría: imagen del encuentro con un lenguaje pleno de experiencia, su tarea sería la de cavar la superficie petrificada de los discursos, a iludirnos acerca de aquello que esconden:

Allí estaba, sino la historia completa, la imagen completa. Es muy raro, en este nuestro final de siglo, que la vida nos ofrezca una visión pura y tranquila como esta: un hombre solitario sentado en un balde, pescando a través de un agujero abierto en una camada de hielo con medio metro de espesura, en una laguna cuya agua está constantemente renovándose, en lo alto de una montaña bucólica de América. (ROTH, 2002, 454).

Referencias

- ARISTÓTELES. *Poética*. Trad. Eudoro de Souza. São Paulo: Ars Poética, 1993.
- BOURDIEU, Pierre. *As regras da arte*. São Paulo: Martins Fontes, 1996.
- BOURDIEU, Pierre. *Sociologia*. São Paulo: Ática, 1994.
- DE MAN, P. *A resistência à teoria*. Trad. Teresa Louro Pérez. Lisboa: Edições 70, 1989.
- ISER, Wolfgang. *How to do theory*. Blackwell Publishing, 2006.
- OLINTO, Heidrun Krieger (org.). *Ciência da literatura empírica: uma alternativa*. Rio de Janeiro: Tempo Brasileiro, 1989.
- OLIVEIRA, Rejane Pivetta. Pesquisa literária em foco: tendências, possibilidades e impasses. *Nonada Letras em Revista*. Editora UniRitter, Porto Alegre, No 12, 2009. Disponible en <http://seer.uniritter.edu.br/index.php/nonada/article/viewFile/149/77>
- ROTH, Phillip. *A marca humana*. São Paulo: Companhia das Letras, 2002.
- SANTOS, Boaventura de Souza. *Introdução a uma ciência pós-moderna*. Rio de Janeiro: Graal, 1989.
- SANTOS, Boaventura de Souza. *Um discurso sobre as ciências*. Lisboa: Afrontamento, 2002.
- ZOHAR-EVEN, Itamar. Teoría de los polisistemas. Disponible en <http://www.tau.ac.il/~itamarez/works/papers/trabajos/EZ-teoria-polisistemas.pdf>. Consultado el 15 de agosto de 2010.
- EVEN-ZOHAR, Itamar. *La literatura como bienes y como herramientas*. Disponible en <http://www.tau.ac.il/~itamarez/works/papers/trabajos/EZ-Literatura-bienes-herramientas.pdf>. Consultado el 15 de agosto de 2010.